

NICOLAS D'ESTIENNE D'ORVES

EIFFEL

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola



París, 1886

—¡Señor Eiffel, a los ojos de Estados Unidos de América, usted es un héroe!

Qué acento tan curioso: redondo y alargado, brusco en ocasiones. Eiffel siempre se preguntó cómo se forman los acentos. ¿Están relacionados con el clima, con la geografía? ¿Será entonces que algunas vocales son más sensibles al sol, mientras que las consonantes lo son a la lluvia? ¿Será el acento estadounidense una síntesis de las inflexiones inglesas, irlandesas y holandesas? Quizá, pero en ese caso ¿existirá un idioma que los haya precedido a todos? ¿Una estructura originaria?

«Un esqueleto...», piensa Eiffel, observando los labios carnosos que entregan ese cumplido.

A decir verdad, ya hace medio siglo que consagra su vida a los esqueletos. Ha renunciado a casi todo —a su familia, a sus amores, a sus vacaciones— debido a su pasión por los huesos. Por supuesto, son fémures de metal, tibias de acero. Pero esta mujer alta y verde, vestida de forma tan ridícula, que se erige frente a la asamblea, ¿no es también hija de Eiffel? Ella le debe a él su estructura más secreta, la más íntima.

—Gustave, ¿estás bien? —murmura Jean—. Parece que viste a la Virgen.

—Virgen... no lo será por mucho tiempo...

Eiffel regresa a la tierra y recuerda dónde se encuentra, frente a quién y por qué.

El embajador Milligan McLane no advierte nada y continúa con su perorata, con ese acento horrible, frente a una asamblea que se tambalea de aburrimiento bajo sus cuellos falsos y sus bigotes.

—Usted pretende, con modestia, no haberse hecho cargo más que de la estructura interna de la Estatua de la Libertad. Pero es esa osamenta la que hace y hará su fuerza.

Algunos vejetes voltean a ver a Eiffel y le ofrecen miradas de admiración. Casi le dan ganas de sacarles la lengua, pero prometió comportarse. Compagnon incluso se lo suplicó:

«Gustave, esa es parte de tu misión».

«Sabes bien que los honores me tienen sin cuidado».

«Pero a mí no, a nosotros no, a Établissements Eiffel tampoco. Si no lo haces por ti...».

«... Hazlo por mí», agregó Claire, su hija, al entrar a la oficina cuando él se anudaba con torpeza la corbata de moño. «Y déjame ayudarte, te vas a arrugar el cuello, papá...».

Gustave Eiffel es un hombre de trabajo de campo, no de salón. Siempre detestó a los aduladores, las maniobras, la cautela en los gabinetes ministeriales y en las cámaras de las embajadas.

En fin, Compagnon tiene razón: hay que jugar el juego. Además, si eso agrada a su querida hija...

—Esta estatua resistirá todos los vientos, todas las tempestades, y estará ahí dentro de cien años.

—Eso espero, ¡cretino! —murmura Eiffel, con la suficiente fuerza como para que Compagnon le suelte un codazo en las costillas.

Pero el ingeniero da un paso adelante y se dirige, sonriendo, al embajador:

—Más. Mucho más de cien años...

La audiencia lanza risitas ahogadas. Todos piensan que Eiffel tiene ingenio. Gustave los observa con falsa amabilidad. Le falta tan poco...

Aprovechando que se salió del grupo, el embajador se acerca al héroe del día y alza la medalla.

A Eiffel le asombra que sea tan pequeña. Ha recibido montones, a lo largo de los años. Condecoraciones francesas, regionales, locales: todas están desordenadas en un cajón que a los niños les encanta escudriñar en Cuaresma. Esta no tendrá más valor que las otras.

«Todo por esto...», se dice Eiffel mirando hacia «su» estatua. ¿Es de él, realmente? Su forma, sus encantos, su mirada, su desdén: todo se debe a Bartholdi, el escultor. Los viajeros que a partir de ahora entren por el puerto de Nueva York pasarán frente a ella. Ella será la primera estadounidense con la que se encontrarán. ¿Pero a quién atribuirán su paternidad? ¿Al artista o al ingeniero? De los dos, ¿quién es el artífice, el verdadero creador? ¿Acaso no es el arte aquello que permanece escondido, lo que no se muestra? Todos los puentes, pasarelas y viaductos que Gustave ha construido desde hace treinta años ¿son obras de arte o solo objetos? ¿No es hora de que edifique un esqueleto, una estructura que exista solo por sí misma, y que sea la revancha y el triunfo de los huesos?

Un pequeño dolor lo aparta de sus pensamientos. ¿El embajador lo hizo a propósito? ¿Vio la mirada furtiva del

beneficiario, a quien pinchó con la aguja de la medalla en el lado derecho de su pecho?

El estadounidense finge no darse cuenta de nada, e Eiffel refrena su gesto de dolor.

—En nombre del pueblo estadounidense y de sus valores, lo nombro ciudadano honorario de Estados Unidos de América. *God Bless America!*

—*God Bless America!* —responde a coro el público.

Un francés le hubiera dado un abrazo. El embajador estrecha a Eiffel y después lo besa en ambas mejillas. Gustave se tensa. Su ancestral sangre alemana sale a la superficie siempre que se enfrenta con ademanes demasiado fraternales. Por lo visto, estos estadounidenses son muy entusiastas. Y además, el aliento, ¡santo Cristo!

«¿Comió ranas, señor embajador?».

Por supuesto que no dice nada. Pero ¡por Dios!, cómo le hubiera gustado...

* * *

—¡Ese yanqui apestaba a ajo! ¡Era un horror!

—Se veía en tu expresión... Espero que nadie se haya dado cuenta...

Eiffel observa a la audiencia, que bebe su champaña a sorbos.

—¿Ellos? Son ciegos y sordos...

Un viejo académico se abalanza sobre Eiffel y le estrecha la mano con efusividad, al tiempo que murmura un elogio que, debido a la ausencia de dientes, es incomprensible.

—Pero no mudos... —agrega Compagnon cuando el viejo se aleja tambaleándose con su traje verde.

—Bueno, ya es suficiente —concluye Eiffel, mientras se dirige al guardarropa.

—¡Gustave, espera!

—¿Esperar qué? Todas estas personas solo parlotean. Sabes bien que odio parlotear...

Compagnon parece estar alerta, como si temiera que la actitud de Eiffel le fuera a jugar una mala pasada. Ya lleva años puliendo sus asperezas y limpiando a su paso. Una tarea muy ingrata: Gustave es su socio, no su soberano.

Pero Eiffel ni siquiera se da cuenta. Su amistad, porque son verdaderos amigos, descansa en esa extraña relación de dependencia y complicidad. Como el ciego y el paralítico.

Hoy, por ejemplo, Gustave no debería comportarse con tanta desenvoltura. Compagnon se lo había advertido al subir la escalinata de la embajada de Estados Unidos, en la rue du Faubourg-Saint-Honoré. Asistiría la alta sociedad, es decir, futuros contratos.

«No necesitamos contratos...».

«¡Siempre necesitamos contratos! Es claro que no eres tú quien mete las narices en las cuentas, Gustave».

«Precisamente por eso me asocié contigo. Para mí, los números son medidas, no billetes...».

Aun así, Compagnon tiene razón. Esa noche, la corte y la ciudad se reúnen bajo la bandera estadounidense. No es el momento de hacerse la diva.

—No hacen más que hablar de la Exposición Universal, ¿no crees? Es dentro de tres años, es decir, mañana...

Gustave finge no comprender y toma una copa de champagne antes de hacer una mueca.

—¿Ya lo notaste? Está tibia. Estos estadounidenses...

Compagnon toma a Eiffel del brazo y lo empuja con un poco de brusquedad hacia un rincón del salón, donde se encuentra un antiguo cuadro que representa a la ciudad de Cabo Vincent, en el lago Ontario. Una escena fechada, tan inmóvil como los fantasmas que habitan los salones.

Compagnon señala a un hombre alto que está de espaldas y parece dar saltitos en su lugar, como si se impacientara.

—¿Ves ese grande de ahí? Trabaja en Quai d'Orsay. Dice que Freycinet quiere un monumento que represente a Francia en 1889.

—¿Un monumento?

Al ver que por fin ha llamado la atención del ingeniero, Compagnon insiste.

—¡Sí! Quiere edificarlo en Puteaux, a las puertas de París. Además, antes de ello, quieren construir una vía férrea metropolitana, como en Londres. Un tren que pase por debajo del Sena.

Esta idea espabila de inmediato a Eiffel.

—Eso está bien, ¡muy bien!

Compagnon siente que por fin va a ganar la partida.

—¡Ya ves que no vinimos en vano! Habría que ponerse en contacto con el ministerio para proponerles proyectos y dibujarles algunos planos.

—¿Del metro? Tienes razón. Infórmate.

—¡No, no del metro, Gustave! Del monumento...

Cuando Gustave se enterca, nada puede desviar su atención.

—El metro no es una idea nueva. Además, ya hay gente que está interesada —agrega Compagnon.

—¿Y cómo va toda esa gente? —pregunta Eiffel, poniéndose el abrigo.

Compagnon debe admitir que no lo sabe.

El ingeniero sonríe, se inclina desde la distancia y hace una pequeña se a a unos invitados que advierten su partida. Al ver que algunos avanzan para acercarse a  el, retrocede hasta llegar al patio de la embajada. Compagnon no se le despega. La mente de Gustave se echa a volar.  El metro!  Hay que hacerlo mejor que los ingleses! Se imagina túneles, estructuras metálicas,  el esqueleto de un enorme gusano!

—Te digo que te informes. Un monumento no sirve para nada. Pero el metro... ese es un proyecto hermoso.  Un *verdadero* proyecto!

Burdeos, 1859

Pauwels no sabía qué atizaba más su ira: el accidente de Chauvier, la incongruencia de Gustave Eiffel o que su propia tacañería casi había provocado una verdadera tragedia.

Mientras se acercaba a los dos hombres que estaban acostados sobre la ribera, los obreros le abrían el paso. Inspiraba en ellos una mezcla de respeto y desagrado. Pauwels no dejaba de ser el patrón...

—¿Quién se cree que es, maldita sea? ¡No tenía que saltar!

Eiffel empezó a erguirse y, por reflejo más que por empatía, Pauwels le tendió la mano para ayudarlo a ponerse de pie.

—Se lo dije, señor Pauwels. Con más madera haríamos andamios más grandes y nadie caería al agua...

Todos los obreros asintieron, aunque sin atreverse a hablar. No sabían hasta qué punto podían apoyar al ingeniero.

—Ya se lo dije veinte veces: ¡tengo un presupuesto que respetar!

Los presentes se quedaron helados en espera de la respuesta.

Eiffel señaló a los obreros y dijo con calma:

—Y yo necesito a todos mis hombres...

Pauwels comprendió que estaba atravesando arenas movedizas. No quería verse envuelto en un motín. Si eso sucedía, el presupuesto estaría verdaderamente comprometido. Y él también tenía que rendir cuentas.

Se acercó a Eiffel, lo tomó del brazo como si estuvieran en un salón y le habló con un tono conspirativo.

—Su muchacho no está muerto —dijo señalando a Chauvier.

El obrero seguía sonriendo hacia el cielo, como si Dios le acabara de conceder una prórroga.

A Eiffel no le quedó más remedio que asentir.

—Entonces, deje de fastidiarme con sus cuentos de que necesita más madera.

—En ese caso, yo me encargo —reviró Gustave.

—¿Encargarse? ¡No me diga!

Sin devolverle la mirada a Pauwels, Eiffel se envolvió en una manta y dio media vuelta.

—¿Pero a dónde va? ¡Y séquese, por Dios! ¡No es momento de enfermarse!

Si hubiera visto el rostro del ingeniero, Pauwels habría descubierto una sonrisa entusiasta y seductora. Eiffel amaba los retos y estaba dispuesto a enfrentar uno nuevo. Después de todo, había comenzado el día salvando una vida. Frente a eso, encarar al hombre más rico de Burdeos sería un juego de niños.

—¡Eiffel, regrese! —gritaba Pauwels, a punto de perder toda autoridad—. Se lo suplico, ¡no haga una tontería!

París, 1886

Eiffel ama el ruido. Pero no el ronroneo mundano de los salones, ni el cuchicheo de tocador, sino el ruido franco de una humanidad que brinda, que fanfarronea. Eso le recuerda la atmósfera de las obras de construcción, de los talleres, donde hombres dedicados por completo a su oficio se sumergen en el trabajo del día, se encargan de arrancar de la nada una forma, una estructura. Dedicados a hacer real, tangible, lo que Gustave había *imaginado*. Todo surge de la imaginación: la fuerza de ver más allá de lo dado, de pensar de manera distinta. Y eso no puede hacerse más que en el perpetuo alboroto que le sigue al gran silencio de la inspiración, lo cual, para el ingeniero, siempre ha sido fuente de fascinación y terror. Cuando se encuentra solo frente a sus ideas, cuando acecha la chispa que dará pie al primer diseño, Gustave tiene miedo. Se siente como un niño pequeño al borde de un bosque, ya caída la noche, sin saber por dónde saldrá el lobo. Pero el Coco nunca aparece. Al contrario, mientras más indescriptible e impalpable sea el miedo, más activa se vuelve su creatividad; debe tocar el fondo de la inquietud, de la duda, para salir a la superficie con una *buena* idea. Así es como Établissements Eiffel se ha convertido en

lo que es: genios del hierro, poetas del metal. El hierro es un material que no existiría si no fuera por la algarabía de las fundiciones, los martillos, las creaciones, los músculos sudorosos, las frentes inquietas, la atención constante. El ruido, de nuevo. Ese ruido invaluable. Su hogar.

Esa es la razón por la que Gustave se siente tan bien en los bares donde nadie se escucha. Hay algo reconfortante en esas colmenas en las que se grita, se saluda, se toca. Desde la derrota de 1870, este tipo de lugares ha proliferado. ¿Cuántos alsacianos encontraron refugio en París, después de haber huido de la hidra de casco puntiagudo? Prefieren servirles cerveza a los dragones de la República que a los soldados de Bismarck. El chucrut será francés o no será.

—¿Otro vasito, señor Eiffel?

—¡Perfecto! Y tráigame una docena.

—¿Ostiones finos?

—¡Por supuesto!

—Al instante.

—Papá, no te has acabado la primera docena...

—Me conoces, siempre tomo precauciones...

—¡Y no comas tan rápido, te vas a ahogar!

—Sí, mamá...

Claire hace una mueca. No le gusta que su padre le hable así. Por supuesto que mima a toda la familia, es su papel de hermana mayor. Desde la muerte de su madre, nueve años atrás, ella es la verdadera señora de la casa. Pero que él la llame mamá es demasiado. No es divertido para ninguno de los dos. De hecho, él se da cuenta y pone su mano llena de yodo sobre la de Claire.

—Perdóname, querida... Puedo ser torpe.

Frente a la sonrisa de su padre, Claire siente cómo se

esfuma su animadversión. ¡Padre e hija se adoran! «Son como dos dedos de la mano», dicen en los pasillos de Établissements Eiffel, en Levallois-Perret, cuando Claire pasa para asegurarse de que su padre se puso la bufanda, o cuando le lleva el almuerzo en una canasta. Gustave no es solo su padre, también es su modelo a seguir, su ídolo. Cuando habla de él, su tono se enardece.

«Estás enamorada, ¡lo juro!», bromeaban a veces sus amigos.

Claire se encoge de hombros sin sentirse ofendida.

«En cierto sentido. Es el hombre de mi vida. Por lo menos en este momento».

Por eso ella quiso verlo esta noche. Incluso fue ella quien lo citó en la Brasserie des Bords du Rhin, en el bulevar Saint-Germain, porque sabe que Gustave es asiduo a ese lugar. Lo que quiere anunciarle merece su atención y su indulgencia. Por lo tanto, tiene que estar en su elemento.

—Papá, quisiera decirte algo...

Eiffel la mira con cariño, pero su mente ya está en otro lado. Engulle un ostión tras otro, con esos fuertes sorbidos que a su esposa le causaban horror.

«¡Gustave, pareces un pulpo!», le decía, a punto de marcharse del comedor. Claire heredó esta aversión, pero hoy tiene que aguantarse. No es el momento de ofender a su padre.

—Déjame adivinar —dijo tragando otro ostión—. ¿Abandonas el Derecho por las Bellas Artes?

—Me gustaría casarme...

¡Claire no puede creerlo: por fin lo ha dicho! Todo su cuerpo está tenso, pero solo ella se da cuenta. Hay tanto ruido que Gustave no escucha nada.

—¿Cómo?

Claire sonríe a medias y separa cada sílaba.

—Quie-ro ca-sar-me.

Imperturbable, Eiffel se encoge de hombros y sumerge los labios en el tarro de cerveza que acaba de llevarle el mesero.

—Sí, claro, ya llegará ese día —responde, limpiándose el bigote—. Toma, ¡come unos ostiones! El yodo es excelente para la salud. Para el crecimiento. Para todo.

—Papá...

¿Gustave lo hace a propósito? En ocasiones es un niño travieso que se merece una nalgada. Y en ese momento podría aprovechar y llamarla *mamá*...

Claire se prepara para acometer de nuevo, cuando una sombra se acerca a ellos.

Fue Claire quien le dijo a Compagnon que almorzaría ahí con su padre. Se lo confió y le suplicó que no la molestaran. Hoy menos que nunca. Siempre son los nuestros quienes nos traicionan... Hace ya diez años que el ingeniero y el antiguo carpintero trabajan juntos; su relación ha llegado al punto en el que Jean es considerado como parte de la familia. Al menos eso era lo que creía Claire.

Por desgracia, Compagnon ya no es el amable tío adoptivo. Asumiendo su papel de socio angustiado, se sienta sin siquiera mirar a Claire y extiende unos documentos sobre la mesa, haciendo caso omiso de las manchas y los lamparones.

—¿Ya almorzaste? —pregunta Eiffel, y antes de tener una respuesta, exclama—: ¡Doce finos para el señor! —Y abre el periódico que Compagnon llevaba bajo el brazo—. ¿Hablan de la medalla estadounidense? ¿Hay fotografías?

—Creía que los honores te tenían sin cuidado.

—Los honores, sí. La publicidad, no. No eres tú quien va a decir lo contrario, ¿o sí?

Mientras su padre escudriña cada página de *Le Figaro*, Claire siente que sus músculos se tensan. Compagnon al fin advierte a la joven y recuerda que no eligió un buen momento. Le ofrece un gesto afligido a modo de disculpa, pero Claire no desvía su mirada de los ojos de su padre.

—Papá, ¿podemos hablar en serio?

El padre no la escucha. Compagnon acaba de darle un envío pendiente y el ingeniero lo firma, una hoja tras otra.

—Lo siento, mi Claire —se disculpa Compagnon, avergonzado—. Pero tú sabes...

—Sí, claro, lo sé...

Claire conoce esta *concentración* incorregible con la que su padre siempre le machaca las orejas: «Se debe estar en lo que se está, en lo que se hace. Nunca se distraigan, ¿comprenden, niños?».

«Sí, papáaa...».

De pronto, Eiffel empuja con violencia uno de los documentos hacia Compagnon.

—Poulard, vuélvelo a negociar. Yo no pago esto...

Luego, después de firmar otra media docena de documentos, Eiffel se desploma en su asiento, como un atleta después de un esfuerzo; con el rostro sereno, vacía la mitad de su tarro.

Claire no tiene la fuerza para retomar el combate. En ocasiones, su padre tiene el don estropearlo todo.

Compagnon, sintiéndose un poco incómodo y dudando si debía escapar (ahora que había arruinado la fiesta, ¿no sería cobarde fugarse?), le pregunta a Gustave:

—¿Pensaste en la Exposición Universal? ¿En el monumento?

Eiffel desestima el tema con un gesto despectivo.

—No empieces de nuevo. Lo que me interesa es el metro...

Pone la mano sobre la de su hija y agrega:

—Claire, dile que el metro es moderno.

Con tono quejoso, Claire repite como perico:

—El metro es moderno, Jean.

Pero Eiffel no advierte ninguna ironía en la voz de su hija. Al contrario, asiente satisfecho por el apoyo.

Claire se endereza en su silla y, lanzándole un guiño a Compagnon, dice:

—Pero también un monumento podría ser emocionante.

Eiffel está sorprendido, sobre todo porque Compagnon responde de inmediato:

—Te aseguro que el monumento es el contrato que debemos buscar. Ahí está el prestigio.

Otra palabra que irrita al arquitecto... ¡Prestigio! ¡Mira nada más!

—Explicame cuál es el interés de construir un edificio que no servirá para nada y que habrá que desmontar...

—Ah, ¿es temporal? —exclama Claire sorprendida.

—Veinte años —masculla su padre—. Es decir, un segundo...

Compagnon tensa la mandíbula pero no se declara vencido.

—¿Recuerdas el proyecto de Koechlin y de Nouguier?

Eiffel finge hacer un intento por recordar, aunque sabe perfectamente de qué está hablando su socio. Esa torre le

había parecido bastante ingrata, anodina; de inmediato la rechazó y exigió a sus empleados que buscaran otras ideas.

—¿Esa columna que tratan de endilgarnos desde hace meses? Estás bromeando, espero...

—En verdad amerita que la veas de nuevo.

Eiffel se encoge de hombros.

—Una torre. Pero una torre no sirve para nada.

—Quizá, pero se ve de lejos...

Ante ese comentario, Eiffel calla y reflexiona. Claire aprovecha para levantarse de la mesa.

—Los dejo...

Gustave le sonríe con dulzura.

—¿Estás segura, querida?

—¿Segura de qué?

—¿No querías hablar conmigo?

¡Su padre es imposible! Hubiera querido que su madre volviera de entre los muertos para darle una buena sacudida.

—No te preocupes —murmura, decepcionada.

A pesar de su enojo, le da un beso a su padre y el olor de su loción atenúa un poco su mal humor. Incluso se las arregla para sonreír y, alejándose entre las mesas cargadas de cerveza y chucrut, añade:

—Te lo diré pronto, papá.

—Cuando quieras, querida.

Compagnon la mira desaparecer por la gran puerta giratoria. Advierte sobre todo a los hombres que observan con detalle su silueta, sus formas, la manera en la que su cintura se afina, a pesar de su atuendo severo. Desde la mesa vecina, tres señores incluso la señalan con gestos provocativos.

—Tu hija ha cambiado mucho.

—¿Tú crees?

—Se ha convertido en toda una mujer...

Ante el comentario, Eiffel olvida sus ostiones, sinceramente sorprendido.

—¿Una mujer? ¿En serio?